

Reflexiones de Adriana Vega, de la Asociación Cultural José Martí de Argentina.

JOSÉ MARTÍ EN ARGENTINA

Vasta y conocida por todos es la realización cultural y artística de la Revolución Cubana, cuyos logros están a la vista en cualquier manifestación a la que nos aproximemos. Consideramos que el sector más importante en el campo de las ideas de un país, es el cultural. El ser humano da a luz sus pensamientos sus impresiones interiores, una identidad personal, no sólo del pueblo de su infancia sino también de aquellos con los que comparte el idioma y las circunstancias. Las nuestras son las gestas independentistas parecidas o casi iguales a las lideradas por Maceo, Martí, Bolívar, San Martín, Artigas y Güemes en el siglo antepasado, contemporáneamente complementadas por el Che, Fidel, Camilo, Raúl, todo el pueblo cubano y otra vez José Martí, a quien honramos hoy en el 156 aniversario de su natalicio.

El artista es un hombre libre que va por el mundo cantando libertades y soñando su obra y la obra de arte más acabada, la empresa de más envergadura, el empeño más importante de la Humanidad, es lograr la Verdadera Independencia. Eso ha sido José Martí.

El hombre ansía, por sobre todas las cosas, no ser esclavo y la libertad es un propósito que está por encima de las demás aspiraciones.

El artista revoluciona lo conocido y lo recrea con aristas nuevas transformándose en auténtico creador cuando devela el misterio convirtiéndolo en poesía. Surge entonces una metáfora: en la Revolución Cubana, que acaba de cumplir su primer cincuentenario, los artistas políticos fueron Fidel y el pueblo. La Revolución es su más lograda poesía, cumpliendo el sueño de Martí.

Solamente en Cuba, considerando toda nuestra Latinoamérica, se ha llevado a cabo esta auténtica Obra de Arte que es la Verdadera Independencia, en tanto y afortunadamente Venezuela se empeña en sostener la República Bolivariana con ideas y espacios nuevos. Bolivia, humilde y calladita, también ha prendido la luz demostrando que a su paso, el Che de todos, activó el dispositivo.

Nosotros, argentinos, abordamos tímidamente la primera independencia, alcanzada como política y jamás económica. Tampoco ensayamos reconciliar la cultura y el impulso ético en que debe transformarse toda obra de arte, que es su consolidación. Tal vez diseñamos un boceto cuando nos lo permitieron, pero como seres culturales aún no pudimos realizar la obra mayúscula.

La voluntad de perfección, implícita en el verdadero artista, suele verse enturbiada por la mediocridad de las democracias burguesas que ofrecen pocas oportunidades, porque su eje central es la conservación, defensa y resguardo de las ideas capitalistas.

Esfuerzos e intentos fallidos hacen que la Indiscutible Independencia no se modele y se transforme en un largo y sinuoso camino que puede resultar trágico como se infiltró durante las dictaduras militares. No opinaré sobre el calamitoso resultado en nuestra sociedad donde, estas perversidades tienen demasiado que ver.

En el artista no siempre el deseo, ni la quimera, se hacen realidad. A veces esos sueños se ven paralizados por pesadillas frente a las que se detiene como el campesino ante un brote que no sembró. La pesadilla conmueve y se necesita tiempo para olvidarla. Es la metáfora de una dictadura.

La obra de arte interrumpida aleja el equilibrio, confunde. La ética no puede ser cultivada por un pueblo forzado a no ser el artista de la independencia y se ofusca haciendo antesala en su escaso tiempo de vida. Tendrá que aprender a trabajar entonces, en ese alejamiento de la autonomía y prepararse para cuando vuelva a encontrarse con ella. Será un verdadero compromiso que no significará jugar con palabras, imágenes o color. No hablará del equilibrio sino ayudará a conformarlo como eje fundamental y estimulador del pensamiento crítico. Tal es el caso de Martí y quienes en Cuba lo sucedieron.

No existe un soplo divino en los Libertadores, sino idénticas capacidades de crear, de hacer, de fundar. No hay política cultural que pueda ser primero. Primero es la cultura. La nuestra, la propia, la única, instituida en principios éticos y estéticos. Y como no se puede colocar fronteras a la imaginación, esta Independencia encuentra la perfección como obra de arte en la lucha cotidiana de una manera de ser, la del Artista-pueblo-creador y su cultura.

El intelectual, aún en medio de tempestades y borrascas que lo agobian por su falta de independencia, tiene, como todo latinoamericano, un paisaje que no varía: NUESTRA AMERICA.

Es de tal riqueza este mundo, lo dicen Martí y Carpentier, abre tales posibilidades creativas, que nos permite ser artistas de la vida, verdaderos creadores que transiten un cambio e intercambio permanente, cumpliendo la obra revolucionaria soberana y libre por su realización.

Tal es el caso de Cuba, que anda por el mundo defendiendo la Verdadera independencia y sembrándola en un clima donde el genio ha manifestado su autonomía, acunado por palmeras y sonos caribeños, la obra más completa que pueblo alguno haya realizado, la Revolución.

Una marcha de medio siglo lograda de la mano de sus Maestros, José Martí el artífice y Fidel Castro su constructor.

Nosotros, a su ejemplo, no podemos perder la esperanza.
